F3447
.P173
LSC
UNC-CH

Ricardo Palma

Palma y Román

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00029317757

The Library
of the
University of North Carolina

F3447
.P173

Román.

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

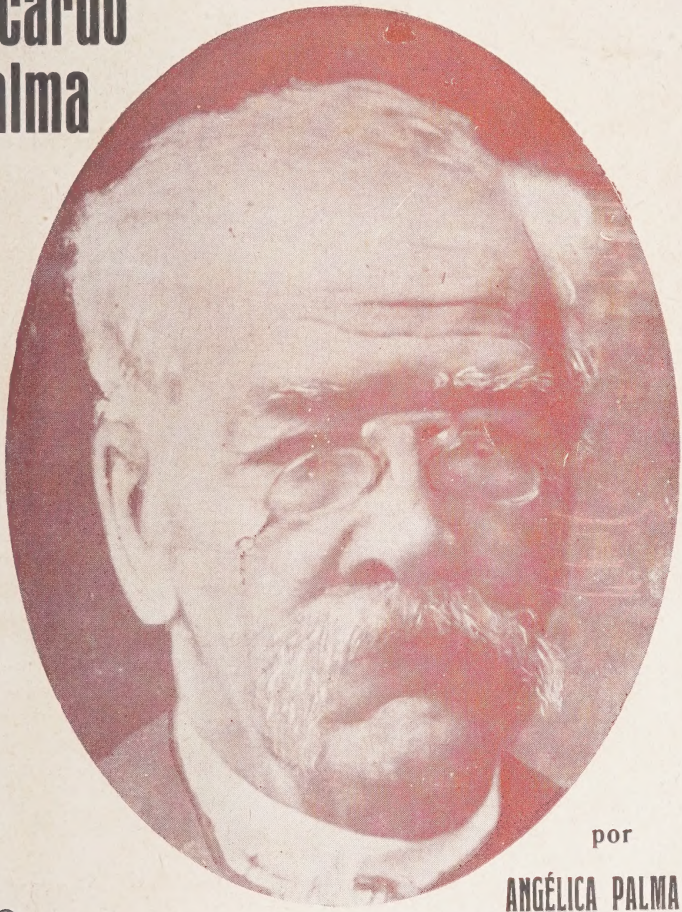
LUX
LIBERTAS

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

F3447
.P173

FIGURAS DE LA RAZA

Ricardo Palma



por

ANGÉLICA PALMA

40 cénts.

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/ricardopalma00palm

PUBLICIDAD RADIADA

Anuncien en la Estación E. A. J. 17

UNIÓN RADIO

Sevilla

Pidan precios y condiciones

EL MERCURIO

El más importante diario de la República de Chile y el decano de los periódicos hispanoamericanos

Para suscripciones y anuncios en el gran rotativo chileno, dirigirse a su corresponsal en Madrid:

Don José Gutiérrez-Ravé Montero

Arango, 6

Si queréis seguir el desarrollo de los pueblosamericanos de nuestra lengua y si deseáis intensificar vuestro comercio con la América española, leed y anunciaros en EL MERCURIO, de Santiago de Chile.

Banco Español - Chile -

CAPITAL SUSCRIPTO..... $ 36 000,000.00
CAPITAL PAGADO..... $ 18 000,000.00

Dirección telegráfica: «ESPABANCO»

Oficinas principales: VALPARAÍSO Y SANTIAGO

Operaciones bancarias de todas clases. Giros de letras sobre el interior y sobre sus corresponsales del exterior. Cuentas corrientes. Depósitos a plazos, en moneda nacional o extranjera, con intereses convencionales. Depósitos de valores en custodia.

Hasta ahora funcionan las siguientes oficinas del Banco: Iquique, San Felipe, Los Andes, Rengo, Chillán, Concepción y Temuco.

EL GERENTE

A LOS CORRESPONSALES advertimos que deben de enviarnos sus liquidaciones antes del día 10 de cada mes, si desean recibir regularmente los paquetes.

También les hacemos saber que deben de hacernos con anticipación pedidos en firme de los números extraordinarios que preparamos con las biografías de ALFONSO XIII, por Antonio Goicoechea, y MARQUES DE ESTELLA, por Manuel Bueno.

Rogamos muy encarecidamente a nuestros lectores que siempre que se dirijan a algún anunciante de nuestra Revista citen a FIGURAS DE LA RAZA.

BOLETÍN DE SUSCRIPCION

D. .....

residente en ..... *provincia de* .....

calle de ..... *núm.* .....

se suscribe a FIGURAS DE LA RAZA *por un* .....
(semestre o año)

y cuyo importe de ..... *pesetas remite por*

giro postal o .....

..... *de* ..... *de 192* .....

FIRMA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

España, Portugal y América española:

Año ..... 20 pesetas.
Semestre ..... 10 —

Extranjero:

Año ..... 24 pesetas.
Semestre ..... 12 —

Para recibir con regularidad nuestra publicación y para evitar el quedarse sin algún número que se agote con rapidez, aconsejamos, principalmente a nuestros lectores hispanoamericanos, que se suscriban, enviándonos el importe a nuestras oficinas, *Arango, 6, primero derecha, Madrid (10).*

FIGURAS DE LA RAZA

REVISTA SEMANAL HISPANOAMERICANA

FUNDADOR: José Gutiérrez-Ravé Montero

Año II	Madrid, 3 de febrero de 1927	Núm. 13

F3447
.P173

Ricardo Palma

POR

Angélica Palma

Y Dmw
C

OFICINAS:
ARANGO 6, PRIMERO DERECHA
MADRID (10)

Al señor Sturgiss E. Leavitt,
ilustre intelectual norteamericano
muy atentamente.

Angélica Palma

Madrid, 15 de febrero
1930.

Imp. de A. Marzo.—San Hermenegildo, 32 dupdo.

Ricardo Palma

PREAMBULO

Digno de que todos los creyentes del hispanoamericanismo lo estimulen y apoyen—cada cual dentro de sus peculiares actividades y en la medida de sus fuerzas, sistema el más apropiado para pasar del sueño a su realización—es el empeño que da vida a la publicación titulada FIGURAS DE LA RAZA, cuyo fin podría sintetizarse diciendo que significa el intercambio de conocimientos entre España y América de sus respectivas personalidades representativas. Si una parte del propósito: la difusión de bio-

488835
P
P170
1927

grafías españolas en América, tiene innegable importancia, la otra, la recíproca, merece llamarse no sólo importante, sino necesaria, indispensable.

Sería injusto atribuir esta opinión mía a un criterio de americanismo estrecho, unilateral; su fundamento es muy claro. Posee España una vieja, copiosa y rica literatura; para aproximarse espiritualmente a sus personajes ilustres, los estudiosos de América encuentran, con relativa facilidad, numerosos caminos libres; a los lectores por simple pasatiempo se les abre el ameno, nada fatigoso, de los periódicos ilustrados de la Península, bastante divulgados por estas tierras. Entretanto, la aun escasa literatura de América fué durante la época colonial simple reflejo de la de la metrópoli, con rarísimas excepciones, de las cuales corresponde la primacía a los "Comentarios reales", del inca Garcilaso de la Vega, cumbre grata y florida que se levanta, bañada de sol, en la monotonía de la llanura gris. Con la independencia no desapareció automáticamente la imitación; empezó, sí, a matizarse de otras influencias, que si entre el montón anónimo poco significaron, contribuyeron poderosamente a formar y engrandecer la personalidad de

quienes la tenían propia. Deben abrirse las ventanas a los soplos de todos los vientos.

Aun conoce muy someramente España a las figuras principales de América. Ya hace seis años lo dije, con dolida franqueza, cuando por primera vez disfruté de la hospitalidad, para mí tan querida y cariñosa, de "Raza Española". Hoy, amablemente, se me pide que coopere mi pobre esfuerzo a poner en práctica la máxima con alma evangélica de nuestra preclara Blanca de los Ríos: conocerse en amarse. Y ha de ser el relato de la vida de mi padre, muy leído y estimado en España, mi colaboración a la magna faena. Larga fué la existencia de Ricardo Palma y vinculadísima a la de la patria peruana; a España lo unieron, con fuertes lazos, el amor al idioma común, la admiración por su arte y su literatura. Carezco de fuerzas para abarcar todos los aspectos del escritor y del hombre, y de imparcialidad para juzgarlos; he de limitarme, pues, a una sencilla narración.

APUNTES BIBLIOGRAFICOS

Nacimiento.—Años de estudiante.—No lejos del bullicio del Mercado central, y próximo a la plaza llamada primero de la Inquisición y luego de Bolívar, en plena Lima castiza, está la calle de Puno, y en ella, a un lado de la fachada de una casa con patio embaldosado, del que arranca la escalera que sube al segundo piso, se ve una placa de bronce, cuya parte superior ostenta en relieve una cabeza varonil, bajo la cual y encima del escudo decretado por Carlos V para la ciudad de los Reyes, se lee la siguiente inscripción: "En esta casa nació, el 7 de febrero de 1833, D. Ricardo Palma, autor de las "Tradiciones peruanas". Homenaje de la ciudad de Lima.—7 de febrero de 1920."

La mansión, propiedad actual del Dr. Pablo Mimbela, ministro plenipotenciario del Perú en Suiza, es seguramente hoy mucho más hermosa y cómoda que en los días lejanos del nacimiento del tradicionista, pues la modesta con-

dición pecuniaria de sus padres sólo en albergue económico les permitía habitar. A esa condición aludió Palma, con el noble orgullo de quien debe lo que alcanza, no al favor ajeno, sino al propio esfuerzo, cuando dijo en el "Prologuito de ordenanza" de la cuarta serie de "Tradiciones peruanas":

> Hijo soy de mis obras. Pobre cuna,
> el año treinta y tres meció mi infancia;
> pero así no la cambio por ninguna.
> Y cífranse mi orgullo y arrogancia
> en que aun mis enemigos más procaces
> a mi nombre dan ya significancia.

La escasez de fortuna no impidió al padre de Ricardo Palma, el cual, siendo muy niño, quedó huérfano de madre, dar a su hijo la esmerada instrucción que su precoz inteligencia merecía. En los entonces famosos colegios de un señor Orengo, en la calle de la Minería, y en el de D. Clemente Noel, en la del Banco del Herrador, cuyo local ha existido hasta no ha muchos años, hizo Palma los estudios de instrucción primaria y secundaria. Al terminarlos entró en el Convictorio de San Carlos.

Fué ese en el Perú el momento ilusionado y auspicioso del despertar intelectual del país. Después de las agitaciones ideológicas y de las

luchas bélicas de la Independencia, tras de los años de motines cuarteleros e intrigas políticas que convulsionaron a la naciente República, inicióse en ésta una era de paz, garantías y progreso, uno de cuyos más hermosos resultados había de ser, lógicamente, el avance de los estudios, el respeto por el trabajo mental.

La Universidad Mayor de San Marcos, fundada en 1551, y que se conoció con el nombre de Convictorio Carolino desde que, a consecuencia de la expulsión de los jesuítas, se refundieron en uno los colegios de San Carlos y San Felipe, alcanzó entonces un esplendor que llegó a superar al de los mejores días del virreinato. Desempeñaba el rectorado el canónigo ilustre D. Bartolomé Herrera, organizador severo, doctrinario convencido, que introdujo grandes reformas en la disciplina interna del colegio y en su plan de estudios. Fué de éstas la más trascendental, la de la doctrina de la soberanía de la inteligencia en el curso de Derecho constitucional, doctrina restrictiva y seleccionadora en la que el rector veía un dique para los posibles desbordes de la democracia, como lo veía, para los de la juventud de las aulas carolinas, en el régimen de internado y en la vigilancia continua. Y, sin embargo, sin

que ello amengüe los méritos altísimos de Herrera, a la vez que era su más temible opositor un joven doctor salido del Convictorio, José Gálvez, que enfrentó al conservadurismo el liberalismo, a la soberanía de la inteligencia, la del pueblo, al voto restringido, el sufragio universal; en aquel alumno cohibido y respetuoso abundaban los febricitantes devotos del libérrimo romanticismo.

En las páginas amenísimas de "La bohemia de mi tiempo" evoca Ricardo Palma los recuerdos de su iniciación literaria. Tenían los noveles poetas, casi todos estudiantes de San Carlos, por "gran capitán" a Fernando Velarde, "poeta español, oriundo de las montañas de Santander, mancebo de robusta y ardorosa fantasía, cuyas composiciones nos cautivaban por lo musical de ellas y por la elevación, un tanto apocalíptica, de las imágenes" (1). Sus dioses mayores eran Hugo y Byron, Lamartine y Leopardi, Espronceda y Zorrilla, y su tentación irresistible, su imán de atracción poderosísimo, los laureles escénicos.

Con su fino sentido crítico, que sólo el afecto por los compañeros de mocedad nubla en oca-

---

(1) "La bohemia de mi tiempo". Ricardo Palma.

siones, Palma confiesa que lo único realmente estimable con que cuenta el Perú en literatura teatral se debe a dos predecesores de su generación: D. Felipe Pardo y D. Manuel A. Segura, y no por cierto en el género romántico, preconizado por los bohemios, "desdeñosos de cuanto a clasicismo tiránico apestara", sino en la comedia de costumbres criollas. Ocupándose de los dramas de sus contemporáneos Arnaldo Márquez, Manuel Nicolás Corpancho y Luis B. Cisneros, Palma reconoce que de dramas no tenían sino el título; pero se complace en elogiar el estro poético de los autores; en cambio, a sus producciones escénicas las trata sin asomos de consideración. Califícalas de "tres monstruosidades"; llama a una de ellas "abominación patibularia en cuatro actos"; se asombra de que en el estreno de otra no le tirase el público "los bancos a la cabeza, que eso, y no palmadas y vítores, merecía mi petulante audacia", y destroza sin piedad a "Rodil", "mi caballo de batalla, mi gran triunfo y mi último drama". "Tómeme Dios en cuenta—termina—, y en descargo de mis culpas, lo sincero de mi arrepentimiento y la franqueza con que confieso, "urbi et orbi", mi pecado mortal contra las letras."

Cuarto-biblioteca de D. Ricardo Palma.

La mejor prueba de su sinceridad en tan dura y acaso exagerada autocrítica es que mi padre destruyó cuanto ejemplar de "Rodil" cayó en sus manos. Me aseguran, sin embargo, que existe alguno en un tomo de "Papeles viejos" de la Biblioteca Nacional de Lima; yo sólo puedo decir que a mis preguntas curiosas sobre este punto respondió siempre que no había dejado un "Rodil" ni para remedio.

En diversas partes de "La bohemia de mi tiempo" se da Palma el goce de agradecer, raro privilegio de nobleza espiritual. Así, cuando recuerda la visita que en 1859 hizo a D. Felipe Pardo, el cual, ya paralítico y próximo a la muerte, quiso que le fuera presentado el joven poeta para felicitarlo por su traducción de "La conciencia", de Víctor Hugo, y cuando nos hace conocer al "Mecenas de la bohemia", D. Miguel del Carpio, notabilísimo hombre de Estado y literato medianejo. El generoso político miraba como una obligación el proteger a los escritores incipientes y ayunos de dinero, y concedió a dos o tres de ellos, sin que lo solicitaran, "que en eso estaba el realce de su acción, unas canonjías de merced, que no otra cosa eran los nombramientos de oficiales del Cuerpo jurídico de la Armada". Palma apro-

vechó del obsequio a los veinte años de edad, en que, por motivo no relacionado con la literatura, "sino con el corazón y los pecadillos de la mocedad", entró al servicio activo de la Escuadra, abandonando el vetusto Convictorio Carolino, cuyas horas románticas y joviales supo revivir en "La bohemia de mi tiempo" y en la tradición donosísima titulada "Los escrúpulos de Halicarnaso".

Jorge Guillermo Leguía, que con tanto cariño como talento ha estudiado a la Universidad de Lima, llamándola "nuestra Salamanca, nuestra Boloña, nuestra Oxford, nuestra Sorbona, nuestra Heildelberg", destaca entre los alumnos de ella a "aquel que estereotipó en "La bohemia de mi tiempo" esos días de alucinado fervor, y fué, ¡al fin limeño!, el que mejor puso en solfa el trágico empeño de quienes pretenden troquelar feudalmente al más incoercible de los pueblos... No he descubierto en el "Libro de recepciones" la matrícula del tradicionista; mas es bien digna la gloriosa casa de San Carlos de haber albergado a D. Ricardo Palma..."

Con su salida del Convictorio terminó para Ricardo Palma la vida despreocupada y risueña del estudiante bohemio.

La Marina.—Escarceos políticos.—La fragata "Apurimac", el bergantín "Guisse", la goleta "Libertad", el transporte "Rimac"... A títulos de cuentos escuchados en la infancia suenan para mí estos nombres. ¡Era tan otro el mundo que veíamos los niños que entramos a él respirando la atmósfera del reciente desastre nacional, del de aquellos tiempos en que mi padre vestía el uniforme de contador de los buques de guerra de la Escuadra peruana! El Callao de nuestro época, empobrecido como puerto y como ciudad, tuvo antes su hermosa bahía poblada de barcos con banderas de diversos países al tope, y en sus casas lujosas, sociedad escogidísima, gentiles mujeres, por quienes anhelaban los marinos una larga permanencia de su barco en el primer puerto de la República. Arica, símbolo de dolor y gloria para nosotros, emblema de anhelos reivindicadores, fué en esos días remotos uno de los más florecientes lugares de la costa del Perú, habitado por familias cultas y hospitalarias, que tenían hijas encantadoras. "Tan encantadoras—comentaba mi padre en sus expansivas charlas familiares—, que en una estación de cuatro meses del bergantín "Guisse" en las aguas de Arica se hubieran casado todos los oficiales a

no llegar en el momento menos pensado orden telegráfica de levar anclas al día siguiente; pero tres de los enamorados marinos se las compusieron de tal modo, que antes de las veinticuatro horas ya habían recibido la bendición del cura." ¡Fiestas, alegrías, amores felices en Arica a la sombra del propio pabellón! A los niños, que sólo conocíamos una patria ensombrecida por las funestas consecuencias de la guerra del Pacífico, aquellos luminosos relatos reales debían parecernos fantásticos.

Y también leyendas de una trágica fantasía las catástrofes navales: el hundimiento de la fragata "Mercedes", visto a la distancia por los tripulantes del "Rimac", imposibilitados de prestar auxilio, pero no de escuchar el horrendo alarido—"¡Misericordia!"—que se elevó del barco casi sumergido; y muy poco después, el 1 de marzo de 1855, el naufragio del "Rimac" en los arrecifes de la punta San Juan. Era Palma contador del "Rimac"; había salvado providencialmente de hacer en la "Mercedes" el viaje fatal, y fué de los últimos en salir del barco encallado. Al cabo de tres días de marcha fatigosísima por arenales, con muy escasos víveres y sin más recursos para aliviar la sed devoradora que el agua salobre del Océano, que

la exacerbaba y producía a los desesperados bebedores penosos trastornos digestivos, llegaron los náufragos, que fueron novecientos, de los cuales doce se ahogaron y ochenta y seis perecieron en las jornadas de la pampa, a sitio poblado, "con más semblanza de espectros que de humanos seres" (1).

Si resultó de provechosa enseñanza para el hombre su existencia de marino, tuvo también decisiva influencia en la formación del literato. A uno de los barcos donde sirvió Palma tocóle permanecer seis meses en las islas de Chincha; era triste y solitario el lugar, sin casas amigas ni amables damas; pero en el buque había una nutrida biblioteca, y en ella la colección de clásicos de Rivadeneyra. El inquieto discípulo del grave humanista D. Bartolomé Herrera, el lector ávido y desordenado para quien "hablarle del "Macías" de Larra y de las "Capilladas" de Fray Gerundio era darle en la yema del gusto" (2), el autor de "Orientales" zorrillescas", halló en los clásicos españoles, leídos y releídos en el tedioso aislamiento de las islas de Chin-

(1) "Orgullo de cacique". Tomo III de "Tradiciones peruanas", por Ricardo Palma.—Calpe, Madrid.

(2) "La bohemia de mi tiempo". "Recuerdos de España", precedidos de "La bohemia de mi tiempo". Lima, 1899.

cha, su disciplina mental, la norma de sus aficiones, la brújula indicadora del norte presentido, que lo llevaría a la evocación poética y humorística del pasado, al saboreo, desde lo ancestral, de las sales y las mieles del lenguaje, a las fuentes vivas de la fuerza y la gracia de su obra.

Ricardo Palma, empleado civil de la Armada, sólo temporalmente podía pertenecer a ella: otras actividades patrióticas lo atraían, y su entusiasmo juvenil le condujo, como no podía menos de suceder, al campo de la política. En esta parte de la existencia de Palma me propongo detenerme sólo lo indispensable para que no resulte trunca la imperfecta biografía. Escrita principalmente para lectores de fuera, poco conocedores de los detalles de nuestra historia republicana, muchos puntos habrían de encontrar oscuros, y no es la de ahora la ocasión de aclararlos con detenidas explicaciones y detallada documentación.

Era caudillo y mentor de la juventud de la época D. José Gálvez, apóstol del liberalismo, hombre de pensamiento y de ejecución, ideólogo activo, orador de elocuente palabra y de ejemplo más elocuente aun. Figuraba Palma entre sus más fervorosos adeptos, y bajo sus

órdenes conspiró contra el Gobierno del mariscal Castilla, a cuyas singulares dotes hizo más tarde Palma, en varios de sus escritos, cumplida justicia. Fracasada la conjuración de 1860, al joven escritor se le desterró a Chile, donde le trataron muy afectuosamente los literatos de entonces: Vicuña Mackenna, los Arteaga Alemparte, los Amunátegui, Irisarri, Sofia, Zorobabel Rodríguez. Colaboró con ellos en diarios y revistas de Santiago y Valparaíso, publicando críticas de autores americanos, especialmente de sus compatriotas, a quienes tenía empeño en dar a conocer. Debió también editar un folleto ("Dos poetas. Apuntes de mi cartera". Valparaíso, 1861) según una bibliografía bastante completa que el profesor norteamericano Sturgiss E. Leavitt insertó en el número necrológico dedicado al tradicionista por el "Mercurio peruano". Un articulista chileno, A. Fuensalida Grandón, dice que esos dos poetas son los argentinos Juan María Gutiérrez y Juan Bautista Alberdi.

A su regreso al Perú se nombró a Palma cónsul en el Pará. En esta población, en San Luis de Maranhao y en Río de Janeiro pasó algunos meses, viéndose pronto obligado a salir para Europa, pues los fuertes calores del

Brasil alteraron seriamente su salud. Viajó por Inglaterra, por Francia, por Italia; fiel al romanticismo de sus días bohemios, durante su permanencia en París, acompañado por el poeta argentino Hilario Ascasubi, plantó un sauce en la tumba de Musset y visitó a Lamartine; le desencantó no poco encontrar frío y taciturno al egregio bardo de las "Meditaciones". Publicó en ese tiempo, en la librería de Rosa y Bouret, su libro de versos "Armonías", muchas de cuyas composiciones reflejan sus impresiones de viaje. Una de las más espontáneas, sentidas y melodiosas es la dedicada a Venecia. La gentil ciudad de los Dux, sometida entonces a la dominación austriaca, emocionóle vivamente.

Llena la mente de sus leyendas, en la retina la visión de los canales y las góndolas sombrías, entró el peruano en un teatro la misma noche de su llegada, ansioso de contemplar las bellezas venecianas. Tenía por vecino de butaca a un conocido de hotel, a quien preguntó, señalándole a una dama de un palco:

—Veneciana, ¿verdad?

—No; "tedesca".

—¿Y aquella hermosa rubia?

—"Tedesca".

—¿Y la del collar de esmeraldas?

—"Tedesca".

Por más que averiguó Palma, sólo "tedescas" le mostraron en el teatro. Las venecianas no iban a fiestas.

A la mañana siguiente sí vislumbró algunas en los templos, a través de los velos con que se tocaban. Y pensando angustiado en su Lima y en las limeñas, en la remota patria, próxima, por lamentables errores políticos, a una guerra con España, se marchó precipitadamente de la poética ciudad sojuzgada.

Antes de volver al Perú se detuvo en los Estados Unidos. Hallándose en un teatrito de Nueva York, notó que algunas personas, después de hablarse en voz baja, se iban sin esperar el término de la función. Pronto quedó la sala casi desierta. Al llegar a la calle se enteró del motivo: acababa de recibirse la noticia del asesinato de Lincoln. Temió Palma que el tremendo suceso pudiera retrasar su vuelta al terruño. ¿Qué ocurriría al día siguiente? Algo de enorme magnitud, sin duda: un estallido revolucionario, la declaratoria del estado de sitio, la clausura temporal del puerto, ya que no podía pensar en los para él tan conocidos "cierrapuertas" a la criolla. La inalterabilidad de

la paz llenó de admiración a Palma por la formidable organización del gran pueblo del Norte.

Nuevamente en el Perú, entró, siempre con Gálvez, en la revolución contra Pezet. Vencido éste y declarada la guerra a España, Gálvez, ministro de Guerra, nombró a Palma jefe de Sección del Ministerio. En los últimos días de abril de 1866 se trasladó al Callao para organizar la resistencia. El 2 de mayo fué el combate naval, y D. José Gálvez, que dirigía la defensa en el improvisado torreón de la Merced, encargó a Palma que se instalara en la oficina de Telégrafos para transmitir noticias a la capital. No bien llegó a su nuevo puesto, sintióse una terrible y estruendosa conmoción: a consecuencia de la explosión de un polvorín había volado la torre de la Merced.

Terminada la guerra exterior hubo un período de tranquilidad, pronto turbado por la revolución que contra el Gobierno del general Prado encabezó el coronel D. José Balta. A su lado combatió Ricardo Palma, desempeñando el puesto de secretario privado durante la campaña y después del triunfo, cuando ocupó Balta el solio presidencial. En ese período gubernativo se creó el departamento de Loreto, región

ribereña del Amazonas; Palma fué su primer representante en el Senado de la República.

Empleó Palma su positiva influencia política en favor de sus amigos literatos, consiguiendo que el Gobierno mandara publicar en Europa las poesías de Carlos Augusto Salaverry, el lírico más notable de su generación, y las de Adolfo García, el vate infeliz de atormentada vida.

Los vergonzosos desbordes que siguieron al trágico fin de Balta, acabaron de desengañar a Palma de la política, tan opuesta, con sus tortuosos manejos, a su claro espíritu de artista; sin embargo, continuó en el escaño parlamentario, militando en las filas de la oposición al presidente D. Manuel Pardo, hasta el fin de su mandato senatorial. Retiróse entonces de la política activa, en la cual había actuado como revolucionario, como miembro del Gobierno, como oposicionista y como periodista y escritor satírico. Ocurrió esto hacia 1876, fecha de su venturoso matrimonio. En plena madurez, Ricardo Palma tenía aún luengos años, bastantes más de los que él se imaginaba, para servir al Perú como patriota y como hombre de letras.

La madurez.—La ancianidad.—En ese año de su casamiento (1876) se hallaba Palma, como dijo el Dante, "in mezzo nel camino della vita", pues la jornada que aun le faltaba era, en duración temporal, exactamente igual a la ya hecha, y complementándola sería superior, en esencia y ejemplaridad, la segunda mitad de su obra a la primera.

Tenía ya entonces tras de sí nutrida labor literaria, y su reputación podía considerarse como continental. En ningún período de su existencia, ni aun en el agitado por viajes de variados estilos, aventuras políticas y amorosas, faenas administrativas y escarceos parlamentarios, se mostró Palma olvidadizo o desdeñoso para con las letras, que constituían su pasión dominante, su innata y profunda vocación. A los risueños días estudiantiles y bohemios pertenecen, aparte de los desconocidos y maltratados ensayos dramáticos, varias leyendas románticas, como la titulada "La muerte en un beso", dedicada a su entrañable amigo el poeta Luis B. Cisneros; los versos reunidos bajo el simbólico nombre de "Juvenilia", y no escasa colaboración periodística; como cronista de un diario ganó el primer dinero que debió a su pluma: una onza de oro, cuyo valor efec-

tivo de 17 pesos y 4 reales pareció muy crecido a su ingenuidad de muchacho pobre. En "El Diablo", semanario fundado por los revoltosos bohemios, dió rienda suelta a su vena satírica.

El transcurso del tiempo enriquecía a Palma en conocimientos y experiencia, sin amenguar su entusiasmo. Además de los versos y estudios críticos escritos durante la proscripción en Chile, publicó en 1863 los "Anales de la Inquisición de Lima"; en 1865, "Armonías"; en 1867, las "Semblanzas", por "Un campanero", de los miembros del Congreso constituyente; "Pasionarias", en 1870, y en 1872, 74 y 75, las series primera, segunda y tercera de las "Tradiciones peruanas". Simultáneamente colaboraba en revistas de positiva importancia en la Prensa de Suramérica, como "La Revista de Lima", fundada por el notabilísimo literato José Antonio de Lavalle, y cuyo último director fué Palma, en unión del ático venezolano Juan Vicente Camacho. No solamente es inteteresante como demostración de la potencia y agilidad mentales de Palma, sino también como dato curioso de lo mezclado y vario de la existencia nacional peruana, esta enumeración de los trabajos del más representativo de sus escritores en la época del activo batallar. El pa-

ciente investigador de los "Anales de la Inquisición" es el lírico soñador de "Armonías" y "Pasionarias", el desenfadado burlón que reunió en un tomito las traviesas "Semblanzas", escritas en el periódico político "La Campana", y el maestro genial de las "Tradiciones", lo más alto, propio y característico de la obra rica y poliforme de Ricardo Palma.

La apacible dicha hogareña sirve de nuevo estímulo al literato. En 1879 da a la estampa la cuarta serie de "Tradiciones" y el tomo de versos festivos "Verbos y gerundios", con esta dedicatoria: "A Cristina.—En 1870 formé el propósito de no publicar más tomos de versos Te has empeñado en hacérmelo quebrantar, y a fin de que compartas con tu esposo la expiación de tan gordo pecado, te dedico el libro."

También en 1877 apareció el estudio histórico titulado "Monteagudo y Sánchez Carrión", que suscitó reñida polémica en gran parte de América. Los bolivaristas fanáticos de varias repúblicas, imaginándose que los seres superiores sólo sirven para idolatrados y no para estudiados, atacaron rudamente al escritor peruano, y si éste tuvo contendores cultos, anduvieron en mayor número los que echaron mano del burdo y barato recurso del insulto

personal. Con meditados y documentados artículos contestó Palma a unos y a otros, dándose, a la par, tiempo para más gratas faenas en las columnas del periódico "La Broma", redactado por agudos ingenios. Había entre ellos notabilísimos jurisconsultos, y surgió la ocurrencia de escribir en verso, y ateniéndose a las formalidades prescritas por el Código de Enjuiciamientos, un juicio de trigamia entablado por una limeña contra un militarcito truhán que se casó con ella sin esperar la muerte de otras dos consortes. Tocó a Palma la defensa abogadil de la engañada cónyuge número tres, e hizo derroche de sal y pimienta en el gracioso pleito, muy bien llevado por Fuentes, Lama, Villarán, Neto, Jaimes y el periodista español Eloy Perillán Buxó.

En 1878 la Academia Española nombró a Palma miembro correspondiente en el Perú, distinción poco prodigada entonces y que celebró la Municipalidad de Lima otorgando una medalla de oro al nuevo académico. Era esa la época en que, además de las polémicas en serio y en guasa, escribió numerosas "Tradiciones" y dió principio a un estudio sobre la administración del presidente Balta y a la novela histórica "Los Marañones", donde figuraba el ex-

traño personaje, sombría mezcla de humorismo, descreimiento y crueldad, que la Historia denomina "Lope de Aguirre, el Traidor". Deseoso de quietud para su trabajo, dejó Palma su residencia de la capital y se trasladó al vecino pueblecito de Miraflores, arrullado por el rumor solemne del mar lejano y el de la brisa entre las frondas, cuando ya se cernía sobre el horizonte de América la tragedia de la guerra del Pacífico.

Sólo haré de esos días aciagos para el ideal americanista las indispensables referencias, esmerándome en no herir sentimientos nacionales, así como procuraré evitar censuras individuales, aun cuando las reclame en el curso de mi relato la exacta apreciación de los hechos.

Concluía 1880, y cada día tornábase más funesta para la causa peruana la bélica contienda. A Lima, la capital amable, morada de la gracia criolla, la amenazaba el horror de la invasión. Diezmado el valeroso ejército, uníase a sus restos el elemento civil, y manos acostumbradas sólo a manejar instrumentos pacíficos en las tareas de la industria, el comercio, el foro, la clínica o las aulas, empuñaban un fusil en los "reductos" de Miraflores para impedir la entrada del adversario en la ciudad co-

diciada. Los habitantes de las lindas poblaciones vecinas a Lima las abandonaban ante la inminencia del peligro. Ricardo Palma, creyente en el triunfo final, desde los "reductos" mandaba decir a su esposa que seguir el ejemplo de la mayoría era predecir la derrota; y sólo cuando ésta fué un hecho en Chorrillos, a una legua de Miraflores, dejó la angustiada joven la casita campestre que pronto habían de reducir a cenizas los vencedores. Allí devoraron las llamas los originales de "Los Marañones", de la continuación de la polémica sobre Bolívar y Monteagudo y del estudio acerca del gobierno de Balta.

A los sufrimientos del patriota, a las amarguras del escritor, uniéronse para Palma aflicciones cordiales: en esos días infaustos perdió a su anciano padre y a una niña de pocos meses. Mortificábanlo también, a causa de la situación del país, dificultades pecuniarias, a las que hacía frente con su pluma colaborando asiduamente en "La Estrella de Panamá", a cuya Redacción pertenecía el ilustre historiador y bibliófilo peruano D. José Toribio Polo; en "Las Novedades", de Nueva York, que dirigía un honorabilísimo caballero español, D. José García, y en "La Prensa", de Buenos Aires,

que con D. José Paz alcanzaba ya su envidiable altura en el periodismo de la América del Sur.

Muy gustadas y saboreadas por el público argentino las producciones de Palma, le propuso Paz que se trasladara a Buenos Aires para hacerse cargo, en muy ventajosas condiciones, de una sección del periódico. Coincidió la iniciativa del director de "La Prensa" con la celebración del Tratado de Ancón, término de la guerra nacional. Ricardo Palma, antiguo condiscípulo del general Iglesias, presidente de la República, le refirió su proyecto de viaje a Buenos Aires, agregando que iba a solicitar oficialmente licencia para residir en el extranjero, en cumplimiento de la formalidad exigida a los pensionistas del Estado para pagarles su renta fuera del país. La cédula de cesantía expedida a Palma durante el gobierno de Pardo le reconocía cerca de veinte años de servicios.

Citó el presidente a Palma para el siguiente día, en que habría resuelto el fácil asunto, después de consultarlo con dos de sus ministros, los Sres. Lavalle y Barinaga, grandes amigos del tradicionista. Cuenta éste en los "Apuntes para la historia de la Biblioteca de Lima" que cuando llegó a Palacio, seguro de encontrar

respuesta satisfactoria, Lavalle, su cofrade en las letras, le dijo:

"—Abandone usted el proyecto de viaje a Buenos Aires y restaure la Biblioteca Nacional. Para cualquier otro la empresa sería imposible, pues en las arcas fiscales no hay dinero ni para atender a los gastos menudos más premiosos. Utilice usted en beneficio del país su prestigio literario en el extranjero y sus relaciones personales con los hombres eminentes de cada nación americana y de España.

—"¿Me propone usted—le interrumpí—que me convierta en "bibliotecario mendigo"?

—"Justamente—continuó Lavalle—. Pida usted limosna para beneficiar a su patria."

Nada se resolvió en esa primera entrevista, y en la tarde del mismo día acudió Palma a una segunda conferencia con Lavalle, en la que participaron el presidente y el ministro Barinaga, el cual "daba gran importancia a mi condición personal de académico de la Española". El general Iglesias expresó que, así como el primer acto administrativo de San Martín, después de jurada la independencia en 1821, fué el decreto creando la Biblioteca Nacional, él quería que su Gobierno se iniciara con la restauración del establecimiento, destruído por el

invasor, y que para ello era indispensable que Palma aceptara el puesto de director, con poderes amplísimos para formular el reglamento, proponer empleados y proceder en la obra restauradora como mejor le pareciera.

En ese momento decisivo de su existencia dos rutas se abrían ante Ricardo Palma: una lo llevaría a la Argentina, entonces en el auge de su rápida evolución ascensional; a la ciudad próspera, que empezaba a convertirse en la magnífica urbe actual, y de donde lo llamaban insistentemente voces amigas, atrayéndolo con el halago de su popularidad literaria. "Véngase usted—le escribía la famosa novelista Juana Manuela Gorriti—, que aquí lo recibirán mis paisanos con repiques de campana." Al órgano periodístico prestigioso y rico, ya colocado a la vanguardia de la Prensa hispanoamericana.

La otra senda lo conducía al viejo caserón de la calle de los Estudios, donde el virrey-poeta fundó el Colegio del Príncipe y el prócer de la emancipación la Biblioteca Nacional del Perú, en el corazón mismo de la ciudad de opulento pasado y presente de humillación y tristeza; al trabajo arduo, sin otra compensación material que un alojamiento modesto y un sueldo reducido.

Palma eligió la dirección de la Biblioteca de Lima.

Desde entonces—fines de 1883—hasta 1912, fecha de su regreso a Miraflores en busca de reposo para su ancianidad fatigada, la existencia de Palma se liga estrechamente a la de nuestra Biblioteca Nacional. Más allá de la muerte física del hombre continúa ligada a ella.

Aceptado el puesto, comenzó la faena de la restauración bibliotecaria, si lenta y difícil disponiendo de dinero, realmente titánica cuando el empobrecido Erario sólo podía proporcionar cantidades módicas para la reparación del local y nulas para la adquisición de libros. La Biblioteca de Lima, una de las primeras de América, poseía en 1880 cerca de 80.000 volúmenes y unos 800 manuscritos raros, algunos verdaderas joyas bibliográficas. Los horrores de la guerra dispersaron a los cuatro vientos esos tesoros, y convirtieron en alojamiento cuartelario de uno de los batallones vencedores las salas de libros. Palma se dió a su tarea de "bibliotecario mendigo", que encontró por todas partes simpáticos ecos. A sus peticiones verbales y epistolares contestaban del país y del exterior con valiosos envíos. El pre-

sidente de Chile, D. Domingo Santa María, con quien Palma cultivó amistosas relaciones en el tiempo de su destierro, ordenó la devolución de algunos cajones de libros. Llegaron también en abundancia del resto de América y de España, y en el aniversario de la independencia patria, el 28 de julio de 1884, inauguróse oficialmente la resucitada institución, con un caudal de más de 30.000 volúmenes en los estantes, donde seis meses antes sólo quedaban unos 2.000 truncos.

En 1892, y dejando en su reemplazo al poeta Luis B. Cisneros, se ausentó Palma temporalmente de la Biblioteca para representar al Perú en los congresos y fiestas con que España conmemoró el cuarto centenario del descubrimiento de América. Hasta esa fecha, y a partir del año 83, tenía publicadas la quinta y sexta serie de "Tradiciones" y la titulada "El demonio de los Andes", impresa en Nueva York, y cuyo protagonista es aquel burlón despiadado y bizarro Francisco de Carbajal; en 1886, unas "Traducciones" de Heine; al año siguiente, un tomo de "Poesías", que comprende "Juvenilia", "Armonías", "Cantarcillos", "Pasionarias", "Traducciones", "Verbos y gerundios" y "Nieblas", y lleva a manera de prefacio las

confidencias deliciosas de "La bohemia de mi tiempo"; en 1890 y 91, las "Tradiciones" a que dió los nombres de "Ropa vieja" y "Ropa apolillada", y, a modo de aguinaldo, en 1 de enero de 1892, un libro pequeñín de versos, esmeradamente impreso, llamado "Filigranas".

El viaje a España tuvo para Palma verdadera significación. El primer limeño de Lima, como lo llamó Rubén Darío; el escritor representativo de la tierra americana donde España dejó más honda huella, el curioso husmeador de los secretos y recovecos del idioma, el republicano y librepensador de arraigadas convicciones, sentíase atraído hacia la vieja nación legendaria por fuerzas potentes y encontradas. Eran ya bastante conocidas sus obras en España, a cuyas Academias de la Lengua y de la Historia pertenecía como correspondiente; sostenía con varios de sus literatos renombrados nutrida correspondencia epistolar, y críticos de la talla de Valera y Menéndez y Pelayo consagraban elogiosos conceptos a las "Tradiciones". La solemne ocasión en que llegaba y su cargo oficial facilitaban el que para el escritor peruano se abrieran de par en par todas las puertas a que le interesaba acercarse.

De estricta justicia es reconocer que en España no se le cierran al huésped americano.

Reuniéronse en esa memorable ocasión no pocos escritores de América en la antigua metrópoli. Para evitar prolija enumeración, me limitaré a decir que como enviados oficiales a las fiestas centenarias figuraban doña Soledad Acosta de Samper, por Colombia; Rubén Darío, por Nicaragua; Zorrilla de San Martín, por el Uruguay, cuya plenipotencia ejercía, y Ricardo Palma, por el Perú. Había también, aparte de otros insignes delegados, un lucidísimo Cuerpo diplomático americano, cuyo decanato desempeñaba, según entiendo, el ministro de Méjico, D. Vicente Riva Palacio, aquel general-literato que tomó prisionero al emperador Maximiliano en el Cerro de las Campanas.

Presidida por D. Antonio Cánovas del Castillo, a la sazón jefe del Consejo de Ministros, se realizó, en los históricos claustros del convento de la Rábida, la sesión inaugural del Congreso Americanista, y en ella, por designación de sus compañeros, habló a nombre de América el delegado del Perú. Terminadas las sesiones, y después de una excursión por Sevilla, Granada y Córdoba, se dirigió Palma a Madrid, donde residió algunos meses.

En el libro "Recuerdos de España" esboza Palma sus impresiones de viaje, y con más detención, complaciéndose en el encomio, las siluetas de los literatos amigos. La de Zorrilla está trazada con cariño, hijo de las primeras aficiones juveniles. En los capítulos titulados "Los lunes de la Pardo Bazán" y "Los sábados de D. Juan Valera" reviven las célebres tertulias de ambos novelistas gloriosos, y en el conjunto del libro, más que los datos biográficos, nos revelan a los personajes las anécdotas bien traídas por el narrador.

No se compuso únicamente de fiestas y agasajos esa temporada madrileña; la actividad característica de Palma le impedía contentarse sólo con gratas distracciones; y, concurrente asiduo a las sesiones de la Academia Española, bregó en ellas empeñosamente por la admisión de americanismos en el Diccionario. Predominaba entonces en la ilustre Corporación cierto exclusivismo intransigente, y, a pesar del apoyo que a Palma prestaron académicos de tan altos prestigios como Castelar, Campoamor, Valera, Cánovas, Núñez de Arce, Castro y Serrano, Balaguer y Fabié, casi todos los vocablos propuestos fueron rechazados. Más que en su amor propio, dolió a Palma la derrota en

su hispanofilia: la exclusión de palabras de América forzosamente contribuiría a acentuar en las generaciones jóvenes, ya muy influenciadas por las corrientes intelectuales de Francia, Alemania e Inglaterra, principalmente de Francia, el alejamiento de España. En cartas particulares a sus amigos de España y en el folleto batallador "Neologismos y americanismos" lo dijo repetidas veces, pronosticando que, así como el comercio español había disminuído notablemente en América por la tardanza en reconocer el hecho consumado de la independencia, el obstruccionismo académico traería por consecuencia el alejamiento espiritual entre pueblos de la misma lengua.

Pasado algún tiempo, dejóse notar un cambio favorable, y el optimismo de Palma empezó a renacer. Así lo demuestra este párrafo con que en 1903 terminó el prólogo de su libro "Papeletas lexicográficas": "Con estas papeletas abro a la Real Academia campo para que destruya la que yo llamé mi axiomática frase de que "el Diccionario es un cordón sanitario "entre España y América". Y la destruirá si, como me dan a entender mis esclarecidos compañeros y amigos D. Eduardo Benot, D. Juan Valera, D. Benito Pérez Galdós y D. Daniel

de Cortázar, domina ahora en la docta Corporación espíritu de liberal confraternidad para con los pueblos hispanoamericanos. Créalo la Academia. Su acción, más que la de los Gobiernos, puede vigorizar vínculos."

Las opiniones de Palma en cuestión idiomática se concentran en los siguientes conceptos que estampó en "Neologismos y americanismos": "El espíritu, el alma de los idiomas, está en su sintaxis, más que en su vocabulario. Enriquézcase éste y acátese aquélla: tal es nuestra doctrina." Y esa doctrina, predicada continuamente y hecha verdad en el casticismo y desenfado de su estilo peculiarísimo, lleva trazas de salir triunfante; por lo pronto, la mayor parte de las palabras propuestas por Palma en las sesiones semibelicosas de 1892 y 93 figura en las últimas ediciones del Diccionario, las de 1914 y 1925.

Parece innecesario agregar que durante su permanencia en España no olvidó Ricardo Palma a su amada Biblioteca. Consiguió que el Gobierno peruano lo autorizara para comprar el curioso manuscrito titulado "Flor de Academias", o sea los trabajos y actas de las tertulias literarias celebradas en el Palacio de Lima durante el virreinato del marqués de Cas-

tell dos Ríus; y, nueva demostración de la característica generosidad española, reunió veintisiete cajas de libros obsequiados por instituciones oficiales y por sus personales amigos. Muchos de los volúmenes no se regalaban a la Biblioteca, sino particularmente a su director; mas en él constituía ya un hábito ceder a la Biblioteca Nacional no sólo sus propios libros, sino hasta los de sus hijos. No pocas obras con dedicatorias personales a Ricardo Palma deben existir en los estantes de la Biblioteca de Lima.

Antes de embarcarse para el Perú, Palma celebró en Barcelona, ciudad cuya hermosura y espíritu progresista le entusiasmaron, un contrato con la Casa de Montaner y Simón para publicar las "Tradiciones peruanas". Los cuatro tomos de esa preciosa edición se popularizaron grandemente en América y en España.

El no interrumpido alejamiento de Palma de las lides políticas contribuyó a que los Gobiernos sucesores del de Iglesias respetaran al bibliotecario y prestaran algún apoyo a la institución. No mucho; pues, por desgracia, no ha sido ni lleva todavía trazas de ser entre nosotros característica gubernamental la protección efectiva al intelectual esfuerzo. Don Nicolás de Piérola, estadista preclaro, verdadero

reorganizador del país en su período de mando (1895-1899), fué el primer presidente que señaló suma apreciable para la adquisición de libros. Con los no muy crecidos auxilios fiscales y su perseverante entusiasmo alcanzó Palma a formar el catálogo del salón América y a publicar los siguientes importantes manuscritos: "Flor de Academias", a que puso conceptuoso prólogo; las "Memorias físicoapologéticas del Perú", por el naturalista Tadeo Haenke; los "Anales de la catedral de Lima", y los "Apuntes históricos", del general Mendiburu.

Palma consideraba que su obra cultural sería incompleta mientras la Biblioteca no tuviera edificio apropiado. En 1910 consiguió que se aprobara en el Senado un proyecto de ley tendente a ese fin; de proyecto no ha pasado. "Sin adecuado local—opinaba Palma—no hay Biblioteca posible; sólo hay hacinamiento de libros. En los tiempos difíciles que me tocaron no he podido hacer más; otro completará la obra que mis años y mis achaques me imposibilitan de intentar."

A los achaques físicos con que la vejez afligía al literato, que para la costumbre afectuosa de sus compatriotas era ya sólo D. Ricardo,

se unió, agravándolos, en 1911, el íntimo dolor causado por la muerte de su abnegada y comprensiva compañera de hogar.

En 1912 renunció la dirección de la Biblioteca de Lima, obligación que a su dignidad impuso un decreto gubernativo, desconocedor de sus fueros de bibliotecario. No es ahora ocasión de pormenorizar: baste decir que ni el hecho memorable ni las fervorosas manifestaciones que suscitó alteraron la serenidad sonriente del anciano, abrumado por los años y las dolencias, pero inquebrantable en su firmeza espiritual.

Al dejar la vieja casa de la Biblioteca, donde transcurrieron veintiocho años de la fecunda existencia de D. Ricardo, donde nacieron varios de sus hijos y donde falleció su amada mujer, trasladóse a Miraflores, la linda población campestre, cuyo poético encanto no desmedran los avances del progreso. Los aficionados a pláticas literarias y anécdotas históricas; la juventud intelectual, que en el tradicionista veía a su patriarca; los viajeros que llegaban a Lima con la ilusión de conocer al creador de su leyenda amable; cuantos acudían antes a la dirección de la Biblioteca de Lima, visitaban después en Miraflores al an-

ciano acogedor. La senectud no secó en él las fuentes de la efusión cordial: tuvo siempre una caricia para los niños, una galantería para las mujeres, austeridad en el consejo, sal de humorismo en la conversación.

Paternalmente afectuoso para con la juventud, la única vez que volvió a Lima, dejando por unas horas su retiro miraflorino, fué para complacer a los estudiantes de América, que, reunidos en Congreso en Lima, le rindieron cariñosísimo homenaje. Aficionado a la expansión epistolar, ocupaba algunas de sus horas en dictar a sus hijas cartas para los amigos ausentes, que le enviaban noticias literarias de sus queridas repúblicas de América y de la recordada España. Al mutuo acercamiento dedicó su última faena intelectual: la reorganización de la Academia Peruana, correspondiente de la Española, cuya conveniencia, para evitar la repetición de nombramientos inconsultos, se le pidió desde Madrid. Llegó la carta en momentos de seria enfermedad, que obligó al decano de los académicos del Perú a excusarse justificadamente; pero con la convalecencia, lenta y pobre convalecencia de anciano, vino el deseo de realizar tarea tan simpática a sus esenciales aficiones, y, previa una

carta de aceptación del encargo, consagróse a frecuente cambio de notas con la casa de la calle de Felipe IV y a reunir en su domicilio a los nuevos académicos peruanos, tareas que culminaron en la inauguración solemne de la Academia Peruana, la cual se verificó en el local de la Universidad Mayor de San Marcos el 9 de diciembre de 1917.

Si al hispanoamericanismo literario consagró D. Ricardo su postrer esfuerzo intelectual, a los niños, al porvenir, dedicó su última improvisación oratoria. En el aniversario patrio del año 1919, niñas y niños de las escuelas de Miraflores acudieron a saludarlo, llevando en sus manos puras rosas y laureles para el anciano; él, regocijado por el tierno tributo, en términos sencillos y afectuosos, y con tanta fluidez y corrección como en su edad de vigor mental, exhortó a los chiquillos que rodeaban su sillón de enfermo, a ser honrados, a amar el estudio y el trabajo para bien de la patria. Tenía autoridad para aconsejar: ya había dado ejemplo.

El desgaste de su organismo avanzaba rápidamente; sólo le quedaban animación en la mirada y vigor en la voz, que conservó viril y

sonora hasta sus últimos instantes, hasta la madrugada del 6 de octubre de 1919, en que despertó pidiendo se le recitaran unos versos, acaso soñados; luego volvió a dormirse tranquilamente y para siempre.

RESUMEN

Tales son, en apretada síntesis, los aspectos principales de la vida del hombre y del escritor, más íntima y fundamentalmente unidos en Palma que en ningún otro literato del Perú. En los países viejos, de larga y propia historia cultural, que cuentan con sólida organización y precisas delimitaciones, el artista de la pluma, de la paleta, del cincel o del pentagrama puede no ser otra cosa que artista; pero

> en la América nuestra, que tenía poetas
> desde los viejos tiempos de Netzahuacoyolt,

eso todavía significa un imposible, pese a los manes de Netzahuacoyolt, cantados por Rubén; más imposible resultaba en el Perú de la segunda mitad del 800, época de la actividad de Ricardo Palma, actividad que aun tuvo irradiaciones ejemplarizadoras en el siglo actual. Por eso muchos de los críticos de Palma, espe-

cialmente de los críticos peruanos, señalan en él como condición principalísima el arraigo y la persistencia de la vocación literaria, vencedora de los obstáculos y contradictorias complejidades, lógicos en una nacionalidad en formación, superior a la también explicable frialdad del ambiente.

Mas no por ser esencialmente el literato gustó nunca Palma de encerrarse en la consabida torre de marfil; al contrario: quiso vivir, y la vivió, la existencia de su patria y de su época; el Perú lo sentía tan suyo como él se sabía del Perú, sentimiento y convicción que no lo abandonaron ni en horas de dura prueba, cuando a amargas reflexiones contestaba sereno: "Yo no me quejo de mi tierra; en mi tierra me quieren." No se equivocaba.

Para quien desconozca el Perú, muchas de las peculiaridades de Ricardo Palma han de pasar forzosamente inadvertidas; no sólo se ve en él "el tipo del criollo culto, literario", como dijo Riva Agüero, haciendo notar, muy acertadamente, la rara amalgama del criollismo y la cultura; hay en su individualidad humana y cívica dos condiciones de influjo decisivo en su literatura y en su vida, y que ojalá pudiéramos considerar entre las características na-

cionales: la perseverancia en el empeño y la firmeza de convicciones. Ni dejó a medias obra emprendida, ni claudicó de su credo.

Tolerante con las ideas ajenas, no transigía con actos que juzgaba depresivos de la dignidad personal; afable y llano con grandes y pequeños, sobre todo con los pequeños, jamás se dejó imponer por pretendidas superioridades de jerarquía o caudal; muy relativa importancia daba a una y a otro, pues ni le deslumbró el oropel ni rindió culto al becerro de oro; como el protagonista de su tradición "Una tarjeta de visita", pudo poner en las suyas:

Humilde con los humildes,
soberbio con la soberbia.

Solía lamentar D. Ricardo la irritabilidad de sus nervios, que a veces lo inducía a exaltarse por motivos de poca monta. En tanto, y sin duda a causa de la firmeza de sus convicciones, no se alteraba en las situaciones graves de la vida: era preciso que lo fueran mucho para que le merecieran algo más que humorísticos comentarios; y aun siéndolo, el avispado burlón que había en Palma nunca dejó de ironizar.

A pesar de su acendrado gusto literario, el

afecto personal lo llevó en ocasiones a la indulgencia excesiva, especialmente para con los principiantes; por lo general, reconoció esos errores, confesando que tales o cuales producciones de ramplones autores pesaban, cual pecados gordos, sobre su conciencia; en cambio, como recuerda Riva Agüero en un bellísimo y cariñoso artículo necrológico, seguía admirando como en sus primeros años a escritores muy venidos a menos en el concepto de las posteriores generaciones, "y no toleraba burlas sobre estas sus idolatrías, tan respetables y simpáticas, por ser generosas ceguedades de sus afectos y entusiasmos juveniles".

Refractario a la envidia, D. Ricardo se resistía a creer en ella, aun en momentos en que servía de blanco a sus ataques; tenía la persuasión de que

> caben todos lós nombres en la fama
> como todos los astros en el cielo.

Aseguraba que no creía en la modestia; por lo mismo, carecía de vanidad. Sabía la significación y el valer de sus "Tradiciones"; mas achacaba a su buena suerte el "haber acertado a explotar un género que cayó en gracia". A sus versos les concedía escasa importancia. A

este propósito dice Riva Agüero, después de analizarlos en sus diversos géneros: "El que ha escrito esto, el que ha iniciado semejantes rumbos y direcciones en la poesía peruana (piense él de sí mismo lo que quiera), ocupa, no uno de los más altos, pero sí uno de los más risueños, agradables y floridos lugares de nuestro Parnaso."

Muchos críticos lo reconocen así; pero todos dan, como el propio autor, la preeminencia a las "Tradiciones", elevadas de hallazgo a creación por el impulso genial que les infunde vida. El tradicionista formó, sin pretenderlo, escuela continental, y han sido tantos sus imitadores, que apenas habrá República que no luzca un Ricardo Palma para su uso particular. A otro gran "limeño de Lima", al poeta José Gálvez, le aconsejaban en una ciudad amiga, refiriéndose a un venerable escritor a quien Palma profesó mucho aprecio: "Ché, Gálvez, dígale al viejo que es el Ricardo Palma de aquí; verá qué contento se pone."

Quien haya leído a Palma puede formarse idea de su trato social y familiar: su charla era, como su pluma, a la vez correcta y desenfadada, salpimentada de anécdotas evocadoras, de giros pintorescos y dichos agudos. Gran

lector, todos los papeles le interesaban: desde las crónicas conventuales hasta cualquiera hojilla periodística, desde los autores clásicos hasta los poetas modernistas. Y si buceando en las honduras de las "Tradiciones" quisiéramos desentrañar los nombres de sus modelos, pronunciaríamos estos dos, acaso no tan antitéticos como a primera vista parece: Cervantes y Voltaire.

Tanto o más que del lenguaje escrito gustaba D. Ricardo del hablado; él, que contó entre sus amigos a varias generaciones de literatos españoles y americanos, gozaba interviniendo en la plática callejera de un par de granujas o de unas viejas gruñonas. Cogía al vuelo la expresión popular, la frase salada, y más de un muchacho se quedó boquiabierto oyendo a aquel grave señor repetir oportunamente traviesas palabras del "argot" colegial, aprendidas de sus hijos. Divertíale hablar con los chicos, y a éstos con él, porque si les aconsejaba hacíalo en tono jocoso, preguntándoles por sus juegos y picardías. Y ellos, y las viejecillas humildes, y los varones doctos, y las mujeres ingeniosas, y el pueblo multiforme, prestaron a su obra el "fervor de humanidad aprisionado en sus páginas" que sorprende a Diez-

Canedo. Ese fervor, ese "interés radical por el hombre de carne y hueso"; ese amor a la vida integral, espíritu y materia, hacen que la obra de Palma, síntesis y alta representación de la nacionalidad, sea gustada y estudiada por lectores de fuera. Así, por la potencia del espíritu, las naciones sobrepasan sus fronteras y el sentimiento de patria se exalta y crece hasta confundirse con el de humanidad.

Angélica Palma

Miraflores (Lima), diciembre de 1926.

Versos que escribió el poeta peruano José Gálvez para el monumento a D. Ricardo Palma en la Alameda de Miraflores:

DON RICARDO PALMA

Con su varita mágica despertó del pasado
oidores y virreyes, tapadas y guerreros,
dando vida a la muerte sus manos milagrosas;
abrió a nuestras miradas un inmenso Dorado,
nuestro sombrío cielo tachonó de luceros
y agregó a las coronas de Lima una de rosas.

Curvado por la gloria, paseó en esta avenida
nuestro patriarca mago su ancianidad gloriosa,
aquel que a nuestra historia diera aliento con su alma.
Y aunque los tiempos pasen y cambie nuestra vida,
ha de flotar perenne, como una enseña airosa,
el nombre evocativo de don Ricardo Palma.

José Gálvez.

Hispanoamericanismo

NOTICIAS

Asociación de Españoles de Ultramar.—Recogemos con verdadera simpatía la noticia de la constitución de una Asociación de españoles que han residido en Ultramar, acto celebrado en los pasados días en el iocal de la Unión Iberoamericana de Madrid.

Nosotros, que hemos procurado siempre hacer resaltar la labor altamente patriótica desarrollada por nuestros compatriotas en Ultramar, no habremos de tener más que motivos de simpatía y elogio para dicha Asociación, que habrá de moverse, a no dudar, alrededor de esos sentimientos patrióticos que nosotros queremos en todo momento exaltar.

La Junta directiva de la nueva Asociación ha quedado constituída en la siguiente forma:

Presidente, D. Miguel Llano; vicepresidente, D. Enrique Zabala; tesorero, D. Mariano Fernández Muro; secretario, D. Eduardo Piña, y un número de vocales igual al de Repúblicas americanas de habla española, y otros en representación de los españoles residentes en los Estados Unidos, Brasil y Filipinas, habiendo recaído los nombramientos en personas que vivieron en los citados países respectivos.

Nos ocuparemos de este importante asunto con mayor extensión.

VIDA TEATRAL

FIGURAS DE LA RAZA me ha encomendado la delicada misión, que yo no merezco, de juzgar las obras teatrales que durante el mes se estrenen para, escuetamente, dar una ligera idea de la impresión que en el público—verdadero crítico—han producido, limitándome únicamente a reseñar en una crítica ampliada y detallista aquellas que por su valor fielmente lo merezcan.

* * *

El mes de enero ha sido pródigo en estrenos: En casi todos los teatros se han lanzado obras con el codiciado deseo de que éstas les ayudase a subir la siempre penosa cuesta de este mes.

Ha sido el teatro Fuencarral el que primero ha estrenado y con relativa suerte, ya que "Cinceladores del silencio", comedia de los noveles autores señores Isaac Pacheco y Antonio Solano, fué acogida con muestras de simpatía y cariño.

La compañía Díaz-Artigas ofreció en el Reina Victoria la nueva producción dramática de Eduardo Marquina "Fruto bendito", de la que nos ocuparemos más extensamente

La época del verso continúa, y es J. L. Mayral quien con su comedia "La jaca torda" obtiene un éxito, si no ruidoso, aceptable, en Lara, al que contribuyeron en gran parte los buenos actores (Thuillier, Hortensia Gelabert, Concha Catalá) de ese teatro.

Molière, el gran dramaturgo francés, nos honró con su visita, y si bien escogió el más típico de los teatros, no podrá tener queja de la traducción, interpretación y cariño con que el castizo público de La Latina acogió a su "Avaro", del que Morano hizo una inigualable creación y del que deben y pueden estar satisfechos sus adaptadores, Sres. Cristóbal de Castro y "Ramón de Román" (el propio Morano).

Pero como la suerte no va por barrios, en Novedades el público no aceptó la "Leyenda feudal", que, con música del maestro Lambert, le ofrecieron los señores Angulo y Baró, pese a los esfuerzos del gran cantante Emilio Sagi-Barba.

Fuencarral repite esta vez con una obrita (llamémosla así) de D. José Rovirosa, pomposamente titulada "Cegar para ver", y que el auditorio o no cegó o no vió, y no pudo nada más que percatarse de los buenos deseos de su autor.

No podía faltar en este tan fecundo mes una traducción francesa, y de ella se han encargado los señores Abati y Cadenas, experimentados autores que se han apuntado un triunfo más con la adaptación de "Los nuevos señores", comedia satírico-política con retoques de "vodeville", que se aceptó en París sin que fuera clamoroso éxito, que se escuchó con complacencia aquí, aplaudiéndose en algunos actos y que sirvió para que una vez más lucieran sus facultades los buenos cómicos del Alkázar, Sres. Bonafé, Perales, García, León y señora Sanz.

De padres desconocidos es la obra estrenada en el Cómico, "El hombre que todo lo enreda", en la que su autor se ha ocultado, unos dicen que por temor a las iras "Azorinianas", otros que por el de un fracaso del que se libró por el nuevo "réclame" de la orfandad. Chicote y Lotero hicieron las delicias del público, y al lado de ellos deben nombrarse a la señorita Fernán Gómez.

Eslava ha marchado por las lides futbolísticas, y con "Pirri el internacional", comedia de costumbres modernistas, original del novel autor Sr. Castell, no ha encontrado la obra que necesitaban y sentimos decir esto de quien como el Sr. Castell empieza una carrera harto difícil y llena de amarguras.

Apolo, que si no es actualmente la catedral de la zarzuela española es una sucursal muy decentita, ha estrenado el sainete (así por lo menos lo llaman sus autores), titulado "Así se pierden los hombres", que al estilo antiguo, hoy desterrado por las corrientes positivistas, nos muestra la tan conocida vida en que

eran principales autores el cuchillo, la taberna y la cárcel con sus correspondientes ribetes de pasión amorosa endulzados con unas ilustraciones musicales que al libro de los Sres. Ramos Martín han añadido los maestros Soutullo y Vert.

Aunque no son novedades teatrales las óperas cantadas en la Zarzuela, (Coliseo actual de la gran música), reseñaremos las que en este mes se han interpretado: "Tosca", por Miguel Fleta, Olga Carrera y Franceschi alcanzó el éxito que siempre tiene esta ópera, más cuando es cantada por el divo aragonés. "Otelo" ha sido la obra con la que ha hecho su presentación el notable tenor dramático español Pedro Lafuente. "La Africana", que ya parecía desterrada del escenario, ha vuelto a representarse, y de que el público aguantara la pesada partitura de Meyerbeer, puede estar satisfecho el Sr. Fleta, siendo este su mejor elogio. "El Trovador" y "Rigoletto", cantados en el mismo día, sirvieron para que los tenores Fleta y la Fuente lucieran sus portentosas facultades. La hermosa obra de Puccini "La Bohemia" ha servido para la presentación del tenor Sr. Del Muro, que si no posee una extensa voz, es ésta timbrada y armónica.

Pero el acontecimiento artístico de la temporada lo ha logrado la Srta. Supervia, bellísima contralto española que logró con la Rosina de "El Barbero de Sevilla", inigualablemente vestida y cantada, un clamoroso triunfo. "Lohengrin", la dura obra de Wágner, cantada por Miguel Fleta sin esforzarse ni dar su acostumbrado rendimiento, fué acogida con frialdad por el público, de la que fué único causante el Sr. Fleta, que cree que puede reservarse impunemente para esperar el "racconto" y adueñarse con él del auditorio.

Y por último, hemos asistido a la representación de los cantantes alemanes, que, al frente de su excelente director Sr. Izen Kar, hicieron su debut con la "Walkyria", la obra maestra de la tetralogía de Wágner.

De noticias teatrales de actualidad tenemos referencias del próximo estreno en la Zarzuela de "La

condenación de Fausto" y de la presentación de la compañía francesa Pitoeff en el Alkázar los días 3, 4 y 6 de febrero, poniendo en escena las célebres obras "Santa Juana" (que la temporada pasada nos dió a conocer nuestra gran artista Margarita Xirgu), El poder de las tinieblas", "El hombre que recibe las bofetadas" y "Jean de Mauponc".

"Fruto bendito", comedia original de D. Eduardo Marquina..

Si Eduardo Marquina no estuviera reconocido como uno de los mejores comediógrafos, su última concepción dramática "Fruto bendito" bastaría para acreditarle.

Pero no es el arte poético lo que se destaca en "Fruto bendito": a Marquina, que le hubiera sido tan fácil poner en boca de sus muñecos sus sonoras poesías, tan llenas de ese sentimental lirismo que él inculca a sus versos, versos que cautivan al que los oye más que al que los lee (versos tan bellos, como los por él leídos en la fiesta de la Canción castellana), ha sabido sacrificar al ambiente de la comedia su arte de poeta para entregarse por completo a ella, y en una creación de maestro ha logrado el aplauso, no por la rima, sino por la obra; este es el mayor acierto del Sr. Marquina.

Desde el gran dramaturgo Bernard Shaw hasta el más pequeño autor de comedias y novelas hemos visto y leído creaciones de mujeres de todas las maneras, con todos los ideales con que al sexo débil se le puede adornar: desde la mujer ingenua a la descastada chulapa han pasado todas por los escenarios españoles, dejándonos más o menos gratos recuerdos; la mujer creada por Marquina es algo verdaderamente sublime e imborrable: es una mujer en la que el espíritu maternal palpita unido al desprecio al goce carnal; es un ser capaz de todos los sacrificios y abnegaciones; llega hasta que se ponga en entredicho su honra por el cariño hacia un niño, ¡fruto bendito!, de quien no es madre, pero al que quiere con ese amor de hermana,

padre o protector tan admirablemente dibujado en el carácter de la protagonista; es el emblema del amor puro y sin mancha; es, en fin, la creación humana forjada por la fantasía de un poeta.

"Fruto bendito" es el ser que nos describe Marquina; fruto bendito es para los pobres viejos el regalo con que su hija les ha obsequiado; fruto bendito es el hijo que vendrá a reemplazar al que por un egoísmo muy propio de un padre han arrebatado a esta mujer, que si no es su madre tiene más derecho hacia él que la suya propia (anotemos el curioso caso hoy ya fallado, que se ha presentado ante los Tribunales con motivo de un ejemplo análogo al que Marquina nos ofrece). y a estos pobres ancianos que ya creían como nieto suyo el que no es ni prohijado.

Pero Marquina no podía dejar que su heroína siguiera ostentando sus ideas equivocadas (para ella el amor no es más que un goce carnal que siente el hombre hacia la mujer y que ella detesta), y es necesario que se vea desposeída de lo que ella creía muy suyo para que comprenda que para ser madre es necesario ser primero mujer, y para que atenda a las formales proposiciones de un hombre bueno que la quiere y que la hará ¡madre! y a los ancianos ¡abuelos!

Y después de este acierto, ¡qué importa que el señor Marquina, abarcando toda comedia y tendiéndola su mayor engrandecimiento, desligue la acción central de la obra para guiarla por otros derroteros que harán perder momentáneamente la atención de los espectadores para dirigirla hacia otra fase dramática que en "Fruto bendito" se desarrolla!

El mejor elogio que de "Fruto bendito puede hacerse es compararla con su digna hermana "El pobrecito carpintero", y viendo la una y la otra, tan diferentes y tan iguales, tan bellas, siendo tan distintos sus ideales, la una por su concepcón y la otra por la sonoridad de sus versos, no podemos menos de esperar una nueva creación del genial poeta para poder juzgar si es posible que "Fruto bendito" sea superada.

M. JIMENEZ JANDUA.

NÚMEROS PUBLICADOS

1. **Cristóbal Colón,** por José Gutiérrez-Ravé.
2. **Cánovas del Castillo,** por Mariano Marfil.
3. **Mariano José de Larra "Fígaro",** por Alberto de Segovia.
4. **La Emperatriz Eugenia,** por Buenaventura L. Vidal.
5. **Joaquín Costa,** por Marcelino Domingo.
6. **Antonio Maura,** por José Gutiérrez-Ravé.
7. **Pedro de Valdivia,** por Adolfo Jofré.
8. **Angel Guimerá,** por Luis G. Soler.
9. **Benito Pérez Galdós,** por Roberto Castrovido.
10. **El Cardenal Cisneros,** por Luis Cordavias.
11. **Rubén Darío,** por Guillermo Díaz Plaja.
12. **El Rey Don Sebastián,** por Alvaro de las Casas.

En nuestro próximo

número publicaremos

la biografía de

Ramón Franco

POR

José Gutiérrez-Ravé

Próximamente:

ALFONSO XIII

POR

Antonio de Goicoechea

BIBLIOTECA

ALMA

Director: ALBERTO DE SEGOVIA

Acaba de aparecer el primer volumen de esta preciosa colección. Bellos tomos en 16, elegantemente editados.

«Poesías escogidas de Góngora»

La más palpitante actualidad literaria, ante el próximo centenario del inmortal poeta.

En el mes próximo, «Glosario lírico de Job», por Julio de Ugarte.

En publicación: «Poesías escogidas de Larra», «Poesías escogidas de Rosalía de Castro», «Poesías escogidas de Fray Luis de León», alternando con otros libros actuales. «El Museo Romántico», por Alberto de Segovia; «Guía espiritual de Madrid», por Francisco Lucientes.

PRECIO DE CADA EJEMPLAR:

UNA PESETA en las principales librerías

Pedidos: **Apartado 8.039. — MADRID**

B Palma y Román
P1708p
1927 Ricardo Palma

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

JUN 18 1959

MAR 17 2000

FEB 18 2010

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00029317757